LA LIBERTAD EN LA SOCIEDAD TRADICIONAL CRISTIANA Y EN LA SOCIEDAD DE MASAS

POR

RAFAEL GAMBRA

Dos han sido históricamente los argumentos que la filosofía ha arbitrado para demostrar la existencia de la libertad o libre albedrío como atributo de la libertad humana frente a aquellos sistemas (fatalistas o deterministas físicos) que la han negado. El primero de ellos se estima como el menos fuerte por su carácter meramente moral y no metafísico; es, sin embargo, del más alto valor convincente para el sentido común del hombre. Se trata del llamado *argumento de conciencia* o convicción general en el espíritu humano, que, por su misma universalidad, se entiende no puede fallar. Todo hombre se cree espontáneamente libre, al menos en aquellas ocasiones en que decide con reflexión y dominio de su voluntad. Todo hombre se vanagloría íntimamente de determinaciones, aciertos, obras, que juzga suyos o dependientes de su iniciativa o decisión, así como se arrepiente o duele de otros que considera igualmente hijos de decisiones suyas, precipitadas o desacertadas. Un condenado por la justicia se defiende negando los hechos a él imputados o alegando circunstancias eximentes o atenuantes: pero ningún hombre alega en casos tales que él no es libre y que por ello no pueden atribuírsele responsabilidades personales directas. La vida social toda, los mandatos, consejos, contratos y promesas, se apoyan en una previa y general creencia en la libertad del sujeto llamado a cumplirlos. Nada de esto sería si no existiera en la naturaleza humana una convicción universal y constante en el libre albredrío humano.

Junto a este argumento, y con una pretensión de validez metafísica, aducen los filósofos otro argumento clásico: el basado

Fundación Speiro

en la *naturaleza misma de la voluntad* que determina el libre albedrío como su propiedad inseparable. A diferencia de la tendencia del animal que se determina por el conocimiento sensible del objeto concreto y singular y de su carácter conveniente o inconveniente (atractivo o no) para el propio animal, el hombre es capaz, además —por su función intelectual y abstractiva—, de conocer también los *motivos de apetibilidad* que hacen bueno o atractivo al objeto conocido. Si conociéramos directamente el ser pleno y perfecto (acto puro) que es Dios, nuestra voluntad no podría por menos que amarlo como a su soberano bien. De aquí la imposibilidad de pecado en los bienaventurados. Pero como en su condición terrena el hombre no contempla a Dios sino sólo cosas naturales que poseen un ser limitado e imperfecto —mezcla de acto y potencia, de ser y no ser—, la razón conoce los aspectos de bondad y apetibilidad, pero también los de limitación e inconveniencia, y ello hace posible la deliberación y la decisión libre; esto es, el que la voluntad sea *árbitro* (posea *libre arbitrio)* para querer o no querer. Así, el hombre es el único animal capaz de no comer teniendo hambre y alimentos, y de comerlos, sin tener hambre.

Uno y otro argumentos han tenido, naturalmente, su respuesta desde la posición *determinista* que, por una previa concepción fatalista o mecanicista, según los casos, niega, *a priori,* la posibilidad de una libre decisión. Al argumento de conciencia —de conciencia universal— se responde que puede tratarse de un espejismo asimismo universal. Si los copos de una grande y blanda nevada fueran conscientes —decía Epicuro— podrían creer, en su lento y vacilante caer, que lo hacen libremente. Al argumento metafísico se objeta, por su parte, que explica sólo la posibilidad de deliberación consciente y racional, pero no la libertad, ya que el sujeto habrá de decidirse siempre por el mayor motivo o por la mayor suma de motivos. O, dicho de otro modo, que estará sometido al determinismo interno o psicológico de los motivos. La decisión libre resultaría, para esta objeción, una especie de creación *ex nihilo,* inexplicable y lógicamente inadmisible.

Los antiguos, sin embargo, apoyaban el primero de estos ar-

Fundación Speiro

gumentos en una idea clave: la interpretación de la naturaleza como obra de Dios, es decir, de un Autor que no puede, por su misma esencia, inducirnos a error. Es el célebre adagio *vox populi, vox Dei.* El carácter universal y constante de una creencia es criterio de verdad cierta porque radica en la naturaleza y compromete la veracidad misma de Dios, su artífice e inspirador.

Fue el Conde de Maistre quien contrapuso dos nociones que a menudo se confunden y que él juzga en su propia obra de modo diametralmente opuesto: el *consensus* universal —*vox populi*— y lo que ya en su época comenzaba a llamarse voluntad general u opinión pública. Lo primero es para De Maistre un criterio cierto de verdad; lo segundo, una ficción manipulable, indigna de todo crédito. Una y otra realidades se diferencian entre sí como los sujetos que las poseen: el *pueblo* orgánica y establemente asociado, y la *masa,* adición momentánea e inorgánica —gregaria— de individuos. La opinión de la masa sobre cualquier asunto, por no ser de la competencia de la inmensa mayoría, es una suma de inepcias, una opinión insensata, veleidosa y fugaz que sólo al mal aprovecha, y cuya única utilidad ha sido —en casos— la furia de la multitud como agente de la cólera divina. La masa es, como decía Gustave Le Bon, en su *Psicología de las multitudes,* un monstruo de mil cabezas en el que la razón de sus componentes se resta, al paso que su pasión se suma. El pueblo, en cambio, como conjunto de hombres en sociedad orgánica y en tradición cultural, con criterios válidos en cosas de su competencia, contiene en sí un residuo común de buen sentido sobre asuntos de la naturaleza y le la vida, que —cuando es universal y constante— constituye un criterio firme de verdad por manifestar un resto de la revelación primitiva y suponer la misma providencia divina que lo ha mantenido a lo largo de las generaciones y de los pueblos. Ese *consensus* universal es permanente y sereno, no es apasionado ni susceptible de ser manipulado o engañado. A él pertenece esa creencia general en el libre albedrío humano y en la responsabilidad personal, y en él se apoya el que hemos llamado argumento de conciencia.

Fundación Speiro

Muchas veces he pensado en el arcano sentido de la expresión del Génesis según la cual el hombre fue creado por Dios "a su imagen y semejanza". Quizá ningún atributo humano refleje esa semejanza remota como la libertad, atributo de su voluntad. La forma más radical de causalidad es la creación —producción de algo desde la nada—, propia sólo de Dios. El hombre no posee, ciertamente, este poder, pero su libre albedrío —consecuencia de su racionalidad— puede asemejarse al mismo en su virtud de autocreación. A diferencia del animal que con un pequeño margen de espontaneidad individual, repite perpetuamente la sinfonía vital de su especie, el hombre es capaz de forjar su propia personalidad, de actualizar libremente sus potencias y de salvarse o perderse. Decían los antiguos estoicos que el *sabio* se asemejaba por su libertad interior a los dioses. El sabio era para ellos el que dirige su vida según las normas de la razón, en un obrar lúcidamente humano y, por lo mismo, plenamente libre. Y si los dioses gobiernan el mundo —y el acontecer exterior todo— con universal imperio, el sabio gobierna su mundo —que es la propia intimidad y el propio ánimo— con el mismo sereno poder.

Sin embargo, y por esta grandeza en cierto modo sobrehumana, la libertad y poder de autocreación pesan al hombre como una carga y una difícil responsabilidad. Es de observación vulgar el desasosiego y la angustia que producen en el hombre los momentos de íntima y personal deliberación y la tranquilidad que para él emana de haberla superado en una decisión, aun en el caso de decisiones de dudoso acierto. Lo es asimismo la dificultad con que los humanos brindan al prójimo sus consejos, pero la dificultad con que acceden a darlos cuando se les piden, esto es, cuando piensan que de ellos va a depender efectivamente la responsabilidad de una decisión. Son muchos los hombres que hacen de su vida una constante huida del ejercicio de la libertad, es decir, de la necesidad de decidir, de comprometerse, en una personal responsabilidad. La época actual es el máximo exponente histórico del éxito que en el hombre puede tener la plena tutela, la absoluta "seguridad social (o estatal)" que le

Fundación Speiro

exonera de casi toda decisión libre y de cualquier verdadera responsabilidad. El sentido profundo de la palabra *libertad* en quienes la reclaman en una *sociedad de masas* es la exigencia de una completa y minuciosa predeterminación de sus vidas, definitivamente planificadas y protegidas.

Precisamente por esto el hombre normal y corriente, para poder vivir su libertad de un modo efectivo, requiere de unas condiciones humanas, concretas —modestas, diríamos— de ejercer esa libertad, que no son las de las grandes tentaciones o de las decisiones heroicas, ante las que se revela casi siempre incapaz, cobarde, impotente. Para ser libre necesita el hombre disponer de una especie de plataforma para su ejercicio, creada por la virtud y la costumbre, por el recto hábito individual y colectivo —heredado o ambiental—, que le protegen y orientan en su decisión; decisión que no deja por eso de ser libre y de ser valiosa. Por esta condición carnal del espíritu humano nuestra libertad debe ejercerse también de un modo *encarnado,* aligerado por el acumulativo y modesto esfuerza diario de la inmensidad de ese sobrehumano poder decisorio. Es así como se dice, con sabiduría, que en la vida moral el valiente es el que huye, y así también cómo en el acto de contricción prometemos, ante todo, huir de las ocasiones de ofender a Dios, porque sabido es —con profunda penetración humana— que, aceptada la ocasión, resulta difícilmente posible la victoria moral.

Es ésta la causa de que la antigua pedagogía fuera tan exigente en el cultivo de las virtudes y en la preserveración de los hábitos y "antiguas costumbres" como patrimonio valiosísimo y antemural necesario de una vida realmente libre y encaminada al bien. Es también causa de que en la sociedad antigua —y muy especialmente la cristiana medieval y moderna hasta el siglo XVIII— la libertad humana fuera profundamente vinculada y arraigada en medios ambientales muy vigorosos. En rigor, la libertad consistía en la posibilidad para el hombre de crearse un mundo propio o de hacerlo propio, de incorporarse a un medio recibido cordialmente y asimilado, de preservarlo y acrecentarlo, de permanecer fiel a él y defenderlo; en este modo de vivir, en la *fide-*

Fundación Speiro

lidad a algo que hemos forjado en el diario esfuerzo o aceptado, a algo que es más que nosotros y a lo que hemos incorporado nuestra vida, es en lo que radica esta libertad difícil pero real, diaria, y, en cierto modo, oscura de los hombres verdaderamente libres. Es algo que ha entrevisto la filosofía posracionalista —la llamada filosofía existencial de las décadas pasadas— en la teoría del *engagement* o compromiso moral. Sartre, por ejemplo, decía que la libertad no es el poder de substraerse a todo género de constricción o relación vinculadora con el mundo, sino el poder, libre en su fondo, de comprometerse con la vida, con las cosas y con los demás, construyendo nuestro propio habitáculo humano, el reducto o morada del hombre, la posibilidad misma de crear lazos con el mundo y las cosas. De crearnos también un mundo diferenciado, mundo que es individual, familiar, local, profesional... Mundo nuestro con rostro humano, susceptible de ser amado.

De aquí que los antiguos, en la sociedad cristiana, hablasen siempre de *libertades,* mucho más que de libertad en sentido abstracto. Eran las libertades que celosamente guardaba el padre en su patria potestad, el miembro de una profesión, de un gremio o de un pueblo, de un país histórico, de mantener el dominio de su propia situación o *status;* esas libertades que se llamaban en otro tiempo privilegios —*lex privata*—: el reducto y el área de lo propio, el *fuero,* hablando en castellano.

Desde esta plataforma del propio derecho local y corporativo, el hombre de la antigua sociedad cristiana apenas concebía que a eso que nosotros llamamos Estado —y que él llamaba autoridad civil o real— se pudiera pedir otra cosa que *justicia* frente a la conculcación de ese derecho, esto es, salvaguardia de "lo propio" frente a la extralimitación "del otro". Justicia cuyo concepto no era la igualdad individual ante una sola ley, sino la correlación entre derechos y deberes que hacía justo y respetable cualquier *status* social. Aquel deber de protección y defensa —más o menos sutil— que, por ejemplo, se unía al derecho de propiedad, y que, vinculándolo a la tierra y las gentes, le otorgaba su carácter estable y reverencial. Nunca le pedi-

Fundación Speiro

rían la organización de sus vidas ni la provisión de recursos o seguridades, sino sólo la solemne y mayestática función de regir, que no desciende del papel de hacer justicia, de defender y armonizar a sus pueblos y sus estados.

Es en estos pueblos profundamente vinculados a la tierra, a la fe y a las costumbres donde nosotros hemos conocido —y aún es posible encontrar— hombres y familias realmente libres, impresionantemente libres para nuestra visión actual y para el ambiente que nos rodea. Hombres y familias —tanto ricas como pobres, aristocráticas como del estado llano— que son plenamente señores de su casa, de su hacienda y de su mundo, que sólo reconocen sobre sí la constricción del ambiente local, de la costumbre y de su propia fe, presiones imperceptibles o, más bien, amables para ellos porque las han hecho suyas desde siglos antes de nacer y no las viven como obstáculo sino como valladar defensivo y patrimonio. Hombres y familias respetados en su medio, que no temen ni esperan de la lejana autoridad civil porque sus representantes cercanos son sus aliados y vecinos, participantes en el mismo respeto ambiental.

Ellos poseen los dos derechos y las dos libertades fundamentales del hombre, desconocidas ya en la actualidad: la de poseer algo diferencial y propio y la de permanecer fiel a ello. Su libertad, defendida por la propia estabilidad y por los antemurales del ambiente diferenciado, de la costumbre y del fuero, se manifiesta en los atributos comunes a toda forma de libertad: la disponibilidad de la propia vida, el amor a lo que se es y a lo que se tiene, y la capacidad de perduración y de resistencia frente a la imposición exterior.

Esta clase de hombres, sus ambientes y la soberana libertad de sus vidas han encontrado cantores y poetas que difícilmente hallará la vida agitada, reglamentada y confortable del funcionario y del obrero ciudadano. La literatura moderna abunda en novelas y relatos sobre la caída vertiginosa en nuestro siglo de estos hombres y ambientes profundamente libres, fruto hasta entonces de la sociedad tradicional. Tengo en la mente dos de ellos, referente uno a un medio aristocrático rural y otro a

Fundación Speiro

un humildísimo ambiente de pescadores costeros. Es el primero la famosa novela *El Gatopardo* de Lampedusa, que describe la suerte de una familia noble de Sicilia durante la unificación italiana bajo el trono liberal de los Saboya. El protagonista, hombre de vieja estirpe, bien asentado en sus derechos y en sus deberes históricos, se da cuenta de que, perdida la causa de sus soberanos legítimos —los Borbones de las Dos Sicilias— y exonerado de sus deberes y funciones territoriales por una nueva administración centralizada e igualitaria, pronto sus derechos y el respeto ambiental de que gozaba resultarían física y moralmente indefendibles, y que él sería "el último Gatopardo". Su libertad y la de su casa, viejas de siglos, perederían por el previo desmoronamiento del arraigo y del encuadramiento humano que las circundaban, por haber desaparecido la recta correlación de derechos y deberes.

El segundo de estos relatos se refiere a un ambiente modestísimo de pescadores de la costa sontanderina, y se encuentra en las *Escenas montañesas,* de Pereda, bajo el título "El fin de una raza". Se trata de uno de tantos medios humanos diferenciadísimos, vinculados y profundamente libres, que existían en la sociedad tradicional de España, y que constituían su tejido mismo. Aquellos hombres —familias y pueblos muy concretos— gozaban de una especie de monopolio de pesca sobre una zona costera a cambio —implícitamente— del deber de las levas o servicio al rey en los barcos de la Armada, en la que eran marinos excepcionales por su valor y competencia. En tales condiciones, en las que, de hecho, derechos y deberes se confundían en el sentimiento de lo propio, esos hombres eran secularmente libres, intangibles y soberanos, con toda la grandeza y el orgullo de una estirpe y de una raza. Tal libertad o fuero desapareció, no por la presión del absolutismo, sino en nombre y por la oferta de la libertad, de una libertad nueva, que comenzaba por exonerarles del deber de la leva y por excitar la codicia de aquellas gentes ante la perspectiva de retener sus derechos sin el peso de aquel deber. Con el final de unos y de otros desapareció aquel medio humano, murió la raza y, poco después, hasta su mismo

Fundación Speiro

recuerdo. De la suma de incalculables pueblos semejantes a ése, con su *status* jurídico, laboral e incluso militar, diferenciado, se componía la España del antiguo régimen, filón de hombres auténticamente libres como cordialmente vinculados a la tierra o al mar, orgullosos de su honor familiar y corporativo que era el bastión de su propia libertad e independencia.

La Revolución francesa —y las Cortes de Cádiz, en España— señalaron el final de aquel género de libertad con la destrucción de sus cimientos corporativos e históricos. Con el predominio también de los llamados en el siglo XVIII "filósofos" e "ilustrados", cuya mentalidad racionalista y abstracta representaría una ruptura con el mundo de las cosas y relaciones reales, y también con la *re-ligación* del hombre para con un orden sobrenatural. La Revolución va a operarse primero en los hechos y después en la propia mentalidad de los hombres, que acabarán olvidando cuanto en otro tiempo fué valladar y condición de sus libertades concretas.

Ocasión de la Revolución fue la situación ambiental de la Francia de Luis XVI. Una nobleza convertida en cortesana y privada de su *status* local y vincular, imbuida de espíritu crítico hacia cuanto representaba y la constituía como tal, pero celosa de su orgullo y de sus prerrogativas de clase, constituyó el factor condicionante para el derrumbamiento de un régimen histórico que nadie supo defender. El proceso centralizador —viejo ya en Francia— que había debilitado a los cuerpos intermedios —países y gremios— de aquella sociedad, contribuyó también en buena medida para la sangrienta caída del antiguo régimen.

Observemos, sin embargo, que todo esto fue la *ocasión* en que la Revolución pudo surgir y triunfar, y en que, de hecho, surgió y triunfó. Ocasión, pero no la *causa*. La dialéctica hegeliana de la Historia ha penetrado de tal modo en nuestras mentes que siempre estamos dispuestos a ver en lo que precede una causa —o antecedente dialéctico— de lo que se sigue. Siempre dispuestos a admitir que cuanto sucedió tuvo necesariamente que suceder y que cabe sólo explicarlo hallando la tesis y la antítesis de cuya tensión nació la síntesis de lo real. Apurado este método, la en-

Fundación Speiro

fermedad la explicaremos por la precedente salud y el pecado por la inocencia primitiva.

En rigor, la Revolución francesa brotó de una mentalidad racionalista y antropocentrista cuyos antecedentes son, ciertamente, remotos, pero por completo ajenos al régimen cristiano de los pueblos e incluso a su temporal decadencia en sí misma considerada.

La Revolución se hizo en nombre de la Libertad, suponiendo que las bases institucionales y corporativas en que el hombre fundaba hasta entonces sus libertades concretas eran fuente de opresión vinculadora o tiránica; fruto, además, de un pasado irracional, rémora para la ilustración y el progreso, la Libertad, en abstracto y con mayúscula, fue el primero de los lemas que la Revolución escribió en sus banderas.

Sin embargo, no fue la libertad la idea ni el sentimiento profundo que movió a los hombres de la Revolución y a los ejércitos que de ella nacieron. El hombre medio —campesino en un ochenta por ciento— de la Francia del XVIII era demasiado libre para poder entender esa idea abstracta y sacrificar a ella su tranquilidad y su esfuerzo. El despotismo —o el capricho del poder— lo sufriría el círculo cortesano de nobles y "legistas" parisinos, pero no el francés común, que no conocía apenas otra constricción que la de costumbres y creencias, consideradas por él como algo propio e inalterable. Recuérdese que en la Bastilla, el gran símbolo del despotismo, no fueron hallados ni una docena de rufianes de delitos comunes. No se olviden tampoco aquellas extrañas guerras (inexplicables desde la mentalidad liberal-revolucionaria) —la Vendée, las carlistas—, en las que el pueblo campesino se alzó contra la Libertad en nombre de sus viejos modos de vivir y de los poderes ancestrales, defendiendo su autonomía frente al predominio de los hombres de las ciudades, sus futuros "organizadores".

El verdadero móvil de la Revolución fue el segundo de los lemas que aparecía escrito en sus banderas: la Igualdad. Apoyada en el sentimiento de la envidia, esta idea se ha revelado como la más apta para penetrar en el corazón de las multitu-

Fundación Speiro

des, y lo fue sobre todo en momentos en que se veía, en gran parte, predicada y excitada por los mismos beneficiarios de unos privilegios de cuya contrapartida de deberes había desertado. La Revolución comenzó, como es bien sabido, en la sesión de apertura de aquellos Estados Generales que vòces interesadas aconsejaron al rey en momentos de grave crisis y descontento general. Momentos que hubieran podido ser episódicos, remediables, pero que aquella gran asamblea abierta precipitó hacia la revolución. Y comenzó precisamente cuando los diputados del "tercer estado" se mostraron decididos a cubrirse cuando lo hiciera el rey, tal como habrían de hacerlo, por su privilegio, los de la nobleza. Luis XVI resolvió la situación manteniéndose descubierto a pretexto de calor, con lo que ni unos ni otros pudieron cubrirse. Con tal recurso contemporizador el rey salvó el orden de aquel primer día, pero no, naturalmente, el de los días por venir; antes bien, mostró en ese gesto el otro elemento condicionador de toda revolución: la debilidad temerosa del poder.

Consumada la Revolución, dirige todo su esfuerzo, en nombre de la Igualdad, a abolir toda diferencia de clase y vinculación, de *status* social: sólo individuos iguales ante una ley constitucional única. A suprimir con ello el sentido último del derecho de propiedad —que es correlativo deber de protección y defensa—, convirtiéndolo de vincular en móvil y dinerario. A abolir, igualmente, toda diferencia histórica y jurídica entre los países y municipios, creando entidades administrativas uniformes.

Abre así la Revolución las puertas a un proceso de *masificación* humana cuyos términos visibles corresponden a nuestro siglo y también a un nuevo concepto de libertad —la libertad masificada— que llega a ser el único que el hombre de hoy comprende.

El concepto de *masa* está tomado de la física, y en su aplicación políticosocial evoca las nociones de algo pasivo y de algo amorfo; por lo mismo, maleable, organizable. "En la más común mecánica —ha escrito Vallet de Goytisolo en su libro *Sociedad de masas y Derecho*—, para masificar uno o varios cuerpos hace falta realizar con ellos varias operaciones. Hay que comen-

Fundación Speiro

zar por arrancarlos de donde se hallan insertos, destruir su estructura. Luego hay que igualar las partes resultantes, lo que en general se efectúa machacándolas y cribándolas hasta reducirlas a partículas pequeñas. Por fin queda convertido en una masa uniforme que es preciso encerrar en recipientes para que no se disperse como el polvo. Esta materia resultante es susceptible, entonces, de numerosas manipulaciones. No puede tener ya verdadera vida; pero, en cambio, puede ser moldeada, mejor o peor, según la materia de que se trate."

El hombre-masa será así, tras un proceso parecido, un sujeto sin una diferenciación mental o jurídica, igual a todo otro en lo que no sea individuación biológico-natural, y susceptible de numerarse o "ponerse en cola" con los demás. El estado de conciencia propio de la sociedad de masas es aquel en que la idea dominante es la Igualdad, y el sentimiento común, la envidia (el odio a toda diferenciación o jerarquías). Resulta curioso observar que cuando hace casi dos siglos de que la Revolución suprimió las clases como *status* jurídicosocial, el hombre masa sigue clamando contra el "clasismo" y las "diferencias de clase" (diferencias que son ya sólo de dinero). La idea de Igualdad, animada siempre por la subyacente pasión de la envidia, crea de continuo un enemigo contra quien alzarse, aunque sea éste ya el producto mismo de su obra niveladora.

La sociedad de masas, por el hecho de serlo, no es ya una sociedad con estructura, susceptible sólo de ser regida y gobernada, sino un sustrato pasivo e inerte, susceptible —y necesitante— de ser organizado, manipulado, rehecho sin cesar en su cuerpo y en su alma. La actitud de los hombres hacia el poder público varía a partir de este momento: ya no será éste una instancia a la que pedir justicia, sino la fuente de todo orden —especie de forma sustancial— a la que pedir *todo*. Si a Luis XIV pudo atribuírsele la frase "el Estado soy yo", al hombre contemporáneo podría atribuísele esta otra: "yo soy por (y para) el Estado".

La sociedad de masas, tecnológicamente organizada según criterios exclusivos de eficacia y rentabilidad, podría también de-

Fundación Speiro

finirse como un medio en el que el hombre llega a no carecer de nada, *excepto* de un algo que pueda considerar propio y diferenciado, y, como consecuencia, del sentimiento de continuidad y de la posibilidad de ser fiel a ella. Se la ha definido también como una sociedad en la que se posee todo, *excepto* espacio y tiempo (que son el ámbito de la existencia); o, más bien, como una sociedad construida contra el espacio y contra el tiempo. Pero seguramente su mejor definición es la de un mundo en el que todo es posible menos la continuidad y la fidelidad: los bienes más caros al corazón humano, definitorios de toda personalidad y de todo ambiente.

A partir de cierto grado de desarraigo en los hombres respecto a los cuerpos históricos diferenciados, el proceso de masificación avanza ya sin resistencia, incluso con el aplauso de una mayoría cada vez más amplia. El hombre entra en este juego por tres posibles vías psicológicas. La primera es el impulso de huir de la responsabilidad y de la comparación con los demás: es la mentalidad de los *incapaces* (y de los que se creen incapaces), muy numerosos en la sociedad. La segunda es el instinto de "plegarse al viento de la Historia", de darlo por inexorable y no resistirlo: es la actitud de los *cobardes,* aún más numerosos que los primeros. (Estos suelen tener como coartada moral para su abandonismo de todo lo propio en aras de la socialización el interés de los *pobres.* Yo debo ceder en todo, traicionar a todo, en nombre de los pobres, porque *yo tengo* y ellos *no tienen.* La supuesta causa de los pobres es, como se sabe, el caballo de Troya en la Iglesia actual y en la civilización occidental.) La tercera vía es la de aquellos, más sagaces, que comprenden que la mejor forma de huir de la igualdad es dirigirla, esto es, formar en el grupo de sus apóstoles y organizadores: es la postura de los "apóstoles sociales", primero, y de los "tecnócratas" y "ejecutivos" más tarde. (Es indudable que el mejor puesto para librarse de la acción de un elefante furioso está encima de él.)

En los tres casos, sin embargo, se da una renuncia a la más íntima libertad de espíritu y una traición (más o menos cons-

Fundación Speiro

ciente) a cuanto se ha sido, se ha servido o se ha significado. Consumada la masificación, el hombre-masa se cree libre por no sentirse atado por las creencias, costumbres e imperativos morales que ha aprendido a ver, ya desde fuera, como trabas y tabús desdeñables; y lo es en verdad, pero dentro del marco de una especie de espontaneidad animal: la fácil búsqueda de los menudos placeres y objetivos de consumo y *confort* conque se le invita a llenar su vida.

El Estado que, en nombre de la Igualdad, y apoyándose en las comunidades del estado llano, anuló a la nobleza, y que anuló después la autonomía de esas mismos comunidades en nombre del individuo y de su libertad, crece ahora sin límites ni trabas. Ya no tiene frente a sí la estructura de una sociedad orgánica ni la estructura de las mentes. Todo aparece ante él pasivo y amorfo como la masa. Es el momento de atacar al individuo mismo en esa trivial libertad de la que todavía se considera poseedor —y aun conquistador— y de la que emergen a veces actitudes de rebeldía o de protesta.

Los medios para este definitivo asalto a las almas por parte de la tecnocracia estatal son fundamentalmente dos: uno consiste en convertir a los ciudadanos en funcionarios del propio Estado. El hombre masificado nada desea más que alcanzar tal condición, con la irresponsabilidad y la seguridad que proporciona. La masa pide a un sujeto implícito (que es el Estado) todos los servicios, la máxima seguridad "social", la cultura para todos y su gratuidad, el deporte y la tutela de la igualdad adquirida mediante una constante política niveladora de fortunas y "oportunidades". Los propios estudiantes se amotinan para exigir del Estado no sólo la gratuidad de estudios, sino dotación económica, puesto que "se preparan para ser futuros funcionarios". El Estado de hoy ha averiguado que el más fácil medio de gobernar una sociedad de masas es seguir y alentar la demagogia. Conceder subsidios, pensiones de estudios, seguros sociales, "cultura y deporte." bajo control, es aniquilar el último bastión de resistencia humana que radica en la personalidad de cada hombre.

La segunda arma para este definitivo asalto a la intimidad

Fundación Speiro

del hombre (a lo que San Buenaventura llamaría su *apex mentis)* está en los hoy llamados medios de comunicación —*Mass media*—, especialmente la televisión, generalmente bajo control estatal y que sustituye en el hombre la función intelectual por la función imaginativa. (Nunca he comprendido por qué se llama *medios de comunicación* a la prensa, radio y televisión, que lo son sólo de *difusión.* Nadie en ellos se comunica como por medio del correo o del teléfono, sino que el lector, el oyente o el televidente es allí como sujeto pasivo de una *difusión masiva.)* Se forma con ello —ha escrito Vallet— "un mundo embrutecido por el ruido de su propia *opinión.* El Estado quiere, por tanto, hacerse dueño de ella para, halagándola, manipularla (...) Y gobernar es cosa fácil si se dispone del monopolio de los *Mass media* (...) Porque el individuo, ante la información escueta y la información deformada por un mito cualquiera elige siempre la segunda. Lo imaginativo triunfa siempre sobre lo real en la sociedad de masas contemporánea."

La manipulación de la masa, la profanación de las almas, es, a partir de este momento, cuestión de técnica, de canalización y dosificación. Ideas-fuerza, *slogans-axiomas,* imágenes de comportamiento, se crean por la teoría de los reflejos condicionados como en el reino animal. Los hombres se creen informados mientras son deformados, se creen libres y liberados justamente en la medida en que son mentalmente esclavizados; se creen "avanzados" y "espiritualmente adultos" en los momentos en que son reducidos a un infantilismo lindante con la irresponsabilidad.

En los *Mass media* todo lleva, como por instinto, un mismo sentido: el de la nivelación social y mental, el de la destrucción de los límites, hitos y estructuras mentales, que deben ser presentados como "tabús" y "prejuicios" de un pasado irracional; el de la trivialización y hedonización (sexualización principalmente) de los impulsos, atemperándolos a la producción por medio de la publicidad. La tecnocracia estatal moderna aplica así su descubrimiento de que es mucho más fácil gobernar a favor de la demagogia y de la anarquía mental que contrariándolas. Y ello no sólo a corto plazo, sino también en la "elaboración del

Fundación Speiro

futuro". Fomentar creencias y convicciones morales, criterios mentales, es —a la corta y a la larga— crear dificultades de gobierno. Sólo la masa igualitaria, creyente sólo en la evolución y en la relatividad de las ideas, es susceptible de una manipulación total. Estabilizado el sentido de los *Mass media,* cualquier reacción a favor de su corriente se ve infinitamente potenciada; cualquier reacción contra ese sentido, neutralizada y ridiculizada.

La técnica de licuefacción espiritual —de masificación— es, desde este momento, minuciosa, inexorable. Las noticias de aspecto "objetivo" lo son sólo en apariencia: hay siempre en ellas un punto de valoración según la "ortodoxia pública" de la sociedad socialista. El matiz es, a menudo, captado más por el subconsciente que por el consciente del lector u oyente. Toda autoridad, excepto la tecnocracia establecida, es siempre mala y opresora ("paternalista" en el mejor de los casos); toda rebelión es siempre buena o "contiene factores positivos"; la lealtad y la firmeza son formas de reaccionarismo recusables o, cuando menos, productos de una "alienación"; toda posición disolvente de alguna estructura, norma, autoridad o costumbre es una actitud "valiente" y "al día"; lo establecido es estructura caduca, por el hecho de estarlo, y debe ser sustituido; el halago a la "juventud" y al "pueblo trabajador" no tiene límite ni medida; cualquier forma de convicción, de coherencia o la simple afirmación de algo es "particularismo", cuando no un síntoma de "clasismo" o de "preteritismo".

De vez en cuando puede insertarse alguna noticia o comentario "contra corriente": ello hace de contrapunto excitante para la mentalidad masificada, resulta pintoresco o excita la irritación contra el "irracional pretérito"; presta, además, al conjunto una mayor apariencia de "neutralidad". Factor importantísimo es también el "abaratamiento de los grandes temas", su buscada profanación por las masa. Encuestas de aspecto científico sobre temas sexuales en toda su crudeza y aun en sus formas morbosas, que minan el sentido de la intimidad y del pudor; encuestas sobre los grandes temas de la fe, sobre la misma existencia de Dios, con opiniones en "igualdad de oportunidades" de teólogos,

Fundación Speiro

filósofos, toreros, futbolistas y cantantes ligeros, que socavan el espontáneo sentido reverencial de la religión...

A través de toda esta manipulación por los *Mas media,* la noción de respetabilidad se sustituye por la de popularidad. Todo el mundo —sea cual fuere su rango o la dignidad de su puesto— desea actuar en los espacios "punta" de los grandes rotativos o de las pequeñas pantallas. Nadie se niega, sea cual fuere el tema que le propongan o el papel que haya de desempeñar: no existe ya otra categoría, prestigio ni fama que el otorgado por los *Mas media...*

Al término de este proceso, el hombre-masa se cree libre —y festeja su liberación— porque ya no siente sobre sí ni la costumbre, ni la autoridad con rostro humano o divino, ni el sentimiento de respeto, ni el de pudor, ni el sentimiento de lo sagrado. En realidad, ya no existe la libertad en un universo de almas prefabricadas, dóciles en su informe rebeldía, apenas humanas en su supuesta "madurez humana"; ni existe siquiera memoria de lo que es libertad, porque nadie recuerda ya los cimientos políticos y mentales sobre los que la libertad se ejercía... Diríase confirmada hoy aquella "creencia en la indefinida plasticidad del hombre y negación de la naturaleza humana" que Camus reconocía en la base del designio marxista.

Conquista decisiva para este proceso de masificación del hombre y de tecnificación de su medio es la "conversión al Mundo" operada, hasta cierto nivel, en la que se autodenomina Iglesia posconciliar. En medio de los inmensos avatares sufridos por nuestra civilización desde el Renacimiento y la Reforma hasta la Revolución y el Socialismo, la permanencia de la Iglesia católica en una fe y en una continuidad fue para todo hombre —aun para los no católicos— un cierto punto de referencia de la verdad y del orden. Una instancia superior de todos reconocible (por ser la tradición común) adonde no llegaban los sueños delirantes de la razón desencarnada o de las pasiones humanas. Con la madre anciana que evita con su sola presencia silenciosa la definitiva ruptura de una familia dislocada, así la Iglesia ha sido para la civilización el núcleo permanente de don-

Fundación Speiro

de recibían —aun sin saberlo— cuanto de verdad y de orden retenían los medios dispersos de la modernidad.

Cuando —para asombro de nuestra generación— esta misma Iglesia llamada posconciliar parece incorporarse a la "ortodoxia filantrópica y pacifista" de los *Mass media,* y diríase que abjura de su pasado y de su tradición y que corre a coger el tren del Socialismo aunque sea en su furgón de cola..., es éste el momento en que las vías de la masificación —y de esa "libertad en el vacío"— aparecen definitivamente libres de todo obstáculo. La captura de los que han caído en la trampa intelectual aparece ya consumada y sin remedio, al paso que la tentación del desaliento en quienes conservan alguna forma de consciencia se hace casi insuperable. Se hace preciso entonces refugiarse, sobrenaturalmente, en la promesa dada a la Iglesia por su divino Fundador por cuya virtud "las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella". Y recordar aquella frase de Françoise Chauvin según la cual "la lucidez es la peor de las cegueras si no se ve más allá de aquello que se ve". Palabras que completaba Gustave Thibon con estas otras: "El cristiano, a imitación del apóstol San Pablo, está obligado a esperar contra toda esperanza *(contra spem in spe),* porque Cristo ha vencido al mundo y esta victoria abarca la totalidad del tiempo y del espacio. Y, por inciertas que sean las probabilidades de éxito, nuestra misión aquí abajo consiste en restaurar pacientemente, en nosotros y en torno nuestro, las condiciones para una reedificación de la Ciudad de los hombres; es decir, en preparar un porvenir a la eternidad."

Fundación Speiro